


# COLMENARIO

Leopoldo Flores, *Tumba 6*, SERIE: LOS CRISTOS, acrílico/tela, 1999.

# REFLEXIÓN INCIDENTAL EN TORNO A LA BIOÉTICA VISTA DESDE LA METAFÍSICA Y ALGUNAS URGENCIAS EN LA FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA

ilosofar significa buscar, toda búsqueda posee ya de sí una intención, y toda intención filosófica está, de alguna manera, orientada y demarcada por el objeto que anhela buscar (Cf. Heidegger, 1979: 39; Wittgenstein, 1975:4).

La búsqueda filosófica, a diferencia de cualquier otra, se caracteriza por pretender alcanzar razones últimas, aspira al todo y al sustrato donde se sustenta ese todo. Toda filosofía, de acuerdo con Aristóteles, es metafísica en tanto ciencia primera, en tanto ciencia de las primeras causas y principios.

Si pudiera hablarse de una constante en el acto filosófico, sin lugar a duda sería el "acto de dar razón" tanto de lo otro como de mí mismo, pero siempre de vistas al fundamento. ¿Qué es el fundamento? Es la tarea constante, siempre renovable de la búsqueda filosófica.

Ahora bien, fundamentar significa dar razón del principio o principios, ya sea de una relieve del ser o bien de una disciplina abocada a su estudio. Recordemos, con Platón, que la metafísica es ciencia del ser pero también del conocer, y el *principio* tendrá que ser válido para ambos.

No obstante, al insistir en esta modalidad de búsqueda a propósito de la bioética, ocurre algo curioso: el principio fundamental de ésta no acontece como resultado de la búsqueda, sino como hecho concreto fenomenológico de la cotidianidad. "La vida humana es un valor absoluto e intrínseco. Mien-

tras hay vida hay esperanza" ha dicho Jesús Poveda, quien da pie para replantear la legitimidad de la mecánica del proceder de la búsqueda filosófica, y preguntarnos si los principios yacen al inicio o al final del afán, es decir, preguntarnos si el principio es una construcción racional o bien toda construcción racional es sugerida y soportada por algunos principios previos.

A decir verdad pienso que hoy la filosofía debe discurrir sobre dicha cuestión la cual, en el fondo, reclama una reforma metodológica, y la bioética, como disciplina legítima, no es otra cosa más que una exigencia y a la vez una puesta en marcha de este cambio de actitud.

El riesgo de la búsqueda filosófica bajo la modalidad de la metafísica clásica, guiada por el optimismo de que al final de la búsqueda se encontrará lo que se anhela, consiste en traspasar vía abstracción todos los umbrales de aquello que Kosik llama lo concreto, identificando o equiparando en gran medida lo hallado con la razón misma, tal como Heidegger nos lo ha advertido hasta el cansancio (Heidegger, 1980: 138).

La crisis que arrastra la filosofía desde finales del siglo XIX hasta nuestros días, no podrá saldarse mientras ésta conserve dentro de su haber la noción sustancialista del ser (inmutable). Mantener dicha actitud podría ser tan nociva a la filosofía tanto como la voz que afirma que no hay en absoluto la posibilidad del ser. Ambas posturas implican una evasión del problema fundamental.

Casi tres mil años la filosofía ha estado hurgando en el más allá, ha descuidado con mucho a este acá. Filosóficamente hablando no puede haber un más allá, y si lo hubiera en verdad no sería en absoluto asunto de la filosofía. La única alternativa que, al parecer, tiene la filosofía en nuestro tiempo es retornar al mundo de la vida y hacer de eso propiamente su asunto, tal como lo ha indicado, entre otros, Luis Lavelle; pero para ello deberá asumir como eje rector al método fenomenológico propia y literalmente dicho, tal como se ha asumido ya en la bioética.

Dos son los requisitos que ha menester la filosofía para su sanidad ahora: la transformación de la clásica noción del ser y reformar el método, cuestión por supuesto que no será desarrollada es este corto espacio.

## II

Para el común de los seres humanos, la vida es algo que vale por sí misma, *la vida es un hecho y nunca una construcción teórica ni racional*. La vida vale porque es desgaste y a la vez ganancia, y vale aún más porque en ello nos va precisamente la vida.

Podríamos emprender una búsqueda afanosa en pos del fundamento último de la bioética mediante distintas metodologías, no obstante el resultado sería siempre el mismo, a saber "la vida". Hecho que precedería a la búsqueda, y la meta a la que tendría que conducirnos la indagación.

Bioética es el resultado de la conjunción entre vida y ética. Bioética no es ni biologización de la ética ni la moralización de la biología, el término está haciendo mas bien alusión a cierta modalidad de vida cuya característica principal es el *ethos*. El viejo Heráclito ha dicho, "el *ethos* es el destino del hombre", especificando con esto que el hombre posee, única y exclusivamente, al *ethos* como forma irrenunciable de vida. El *ethos* no es alternativa sino condición de alternativa. La vida de los hombres oscila entre alternativas, estar eligiendo es su destino, y por eso se hace libre, y sólo por el ejercicio de esta condición es que puede, en algún momento, apostar a la *autonomía*.

Sólo una forma de vida que posee intrínsecamente la alternativa en su ser puede adjetivársele como vida ética o moral por su posibilidad.

Lo cierto es que el *ethos* señala simultáneamente la desgracia del ser del hombre y a la vez propicia su grandeza. El hombre es un ser que está condenado a portar sobre los hombros los límites de su finitud, y a esto nos referimos cuando hablamos de su desgracia, es un ser mortal y contingente. Pero pese a esto, el ser no es reductible al estado puro de la biología natural e irracional, sino que en los márgenes de tales límites acontece la alternativa.

Entendamos algo, la naturaleza, tal como la entendía Kant (Kant, 1984: 87-89), es el conjunto de cosas susceptibles de experiencia, no posee en sí posibilidad alguna para la pena o la gloria, la bio-naturaleza carece de mérito y, sobre todo, de sentido. La naturaleza orgánica es como es y no posee en su haber la alternativa salvo la impresa en su memoria genética, de aquí la razón por la cual es mucho más viable el establecimiento de la regularidad en las llamadas leyes naturales o de la naturaleza, que en las que rigen la historia, por poner un ejemplo.

La bio-naturaleza no posee cualidades, si por tales entendemos al conjunto de características adquiridas mediante el esfuerzo. La naturaleza es un elemento pasivo de los elementos, móvil, sí, pero nunca actuante, por esto esta forma de vida no puede ser jamás ética, ni objeto de la ética.

El hombre también es naturaleza, es también biología, pero la diferencia es que se trata de una biología humanizada, lo cual equivale a decir que el ser humano no se atiene a la pura organización celular del cuerpo carnal, es además *logos*; y por el *logos* la naturaleza se sabe viva. El *logos* es la manera humana de experimentar la naturaleza y la vida.

Estrictamente hablando, actos sólo los posee el hombre (Sartre, 1972: *passim*), y si bien su desgracia consiste en ser un ente limitado y finito, por la posibilidad y la alternativa constitutiva de su ser, su destino consiste en darse a la búsqueda de sus límites sin jamás hallarlos. Heráclito decía: "los límites del alma por más que procedas, no lograrías encontrarlos aun cuando recorrieras todos los caminos". Los límites del hombre son funcionales, flexibles, y se pretenden alcanzar al actuar pero se tornan permanentemente en una galaxia de posibilidades infinitas.

El hombre por ser finitud y estar limitado se torna infinito en sus posibili-

dades por el *ethos*. Por él se sobrepone a la finitud, lo cual a su vez quiere decir también que se sobrepone a la pura necesidad biológica. Sin embargo, existe otra manera aún más de sobreponerse a la necesidad natural, y es por el hecho mismo del actuar. Actuar significa ejercer la libertad (cabe aclarar que uno no nace libre, antes bien se hace uno mismo libre en el actuar con los otros), ejercer la libertad significa habitar asumiéndose responsable del ser entre la alternativa y la posibilidad. Sin posibilidad no hay libertad y una libertad sin responsabilidad es nula. El hombre es el único ser que da sentido a su vida por sus actos. Es el ser de sentido propio y estrictamente (Cfr. Nicol, 1975: 25).

A la bioética le interesa la modalidad de la vida de sentido. El sentido a la vida le viene por el factor tiempo. El tiempo vital es la conciencia del tiempo en que se habita, no sólo como presente o pasado, además como apertura y posibilidad. El ser del hombre es tiempo porque se sabe siendo y se sabe sido, pero además porque anhela ser, por el tiempo el hombre se abre al ser. El hombre es tiempo. Por el tiempo el hombre adquiere y da sentido a su vida (Heidegger, 1974: *passim*).

Dar sentido, significa planificar, ordenar, prever cierto orden en el acontecer de las cosas, significa pretender una meta. Toda acción de dar sentido significa esperanzarse, acción por la cual trascendemos una vez más lo finito.

En el acto de dar sentido se operan dos movimientos: se da el impulso hacia el proyecto, y a la vez tiene uno que aprender a esperar. Así se teje y se forja la esperanza. Podría afirmarse que la vida del hombre dura mientras hay esperanza. La diferencia más específica entre la vida biológica natural y la del hombre está determinada por la esperanza. Cuando una persona enferma acude al médico, acude no tanto a calmar su desequilibrio físico, va antes bien para restaurar su esperanza. Todo médico, ya sea espiritual o clínico es en realidad un restaurador de esperanzas.

Para concluir el presente inciso, retomemos brevemente el asunto de la autonomía. Preguntemos ¿el hombre nace o se hace autónomo? Dentro de la óptica iusnaturalista y kantiana tendría que responderse, en efecto, que el hombre nace libre y por lo tanto autónomo (Kant, 1973: 94). Sin embargo resulta muy dubitable afirmar que alguien es libre y autónomo sin el riesgo y el compromiso *de facto* de afrontar en sus manos el destino de su ser. Seamos claros, la naturaleza no nos vuelve libres ni nos hace autónomos. La postura que asume a la naturaleza en tanto fundamento de la ética y del derecho, resulta un tanto oscura. La naturaleza no puede fundar ninguna ética, mucho menos el derecho.

No existe el derecho natural, toda modalidad del derecho es humano, es decir creación humana. El ser del hombre es producto del hombre mismo. Por esta razón no puede argumentarse que el hombre nace libre, antes bien se torna libre en el ejercicio mismo de su *ethos*. En este sentido la autonomía no

es un don natural, es el galardón más caro, producto del actuar del hombre. Autonomía equivale a decir individualización y ésta constituye el eslabón más alto al que puede aspirar un mortal.

No existe el derecho a la vida, es decir la vida no debería ser ni parte ni objeto del derecho, la vida no es objeto de litigio. La vida es más bien el hecho que acontece y posibilita toda modalidad del derecho. La vida es un don que escapa a toda posibilidad humana. Nunca hombre alguno ha podido crear vida, por esta razón quizá tampoco le asista el derecho a quitarla.

### III

Cuando Max Scheler buscaba ubicar el puesto del hombre en el cosmos, hacía énfasis en que todo discurso que asume como objeto propio al hombre en el contexto del ser, delata, por principio de cuentas, la ausencia de claridad y efectividad en cuanto a lo que se está interrogando (Scheler, 1989). La filosofía mienta la pregunta por el ser del hombre precisamente cuando éste ha perdido su puesto inmovible en el orden del cosmos. Lo cierto es que cada contexto histórico propicia y obliga a una determinada problemática filosófica y científica con el afán, entre otros, de encontrar un sitio para la habitación del hombre.

El auge de los distintos discursos en bioética actualmente delata esa misma carencia de la cual nos había ya hablado Scheler. La bioética adquiere definición luego de la crisis de la metafísica, luego de la emergencia de la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica. Dostoiévsky fue el primero en afirmar que si "dios" había muerto entonces todo estaba permitido, y el siglo XX discurrió sobre este supuesto. Era fácil prever en consecuencia una pléyade de voces un tanto anárquicas y caóticas reclamando cada cual para sí el adjetivo de legítima y verdadera.

Existen dos visiones del origen utilitarista del mundo contemporáneo auspiciado por la ciencia, la una sustentada por Heidegger (Heidegger, 1980: 131-135), quien remonta dichos orígenes hasta Platón y Aristóteles y, otra, propuesta por Nicol (Nicol, 1980: 37ss), quien afirma que con Bacon surge la modernidad y el afán de dominio y manipuleo de la naturaleza. La naturaleza es lo otro, lo adverso, lo que me enfrenta. El hombre en este contexto se autoentiende literalmente como vasallo de la naturaleza.

La ciencia trajo como consecuencia obligada a la técnica. Ciencia y tecnología nunca han caminado por separado. La técnica, mientras sirvió de instrumento al hombre, adquiría una dimensión propiamente humana. La ciencia y la técnica de acuerdo con Bacon habían sido creadas para el servicio del hombre. Posteriormente, en los albores del capitalismo propiamente, se entrevió que aparte de la conquista científica de la naturaleza, era posible la conquista técnica de la vida, tal como lo habría afirmado más tarde Marcuse (Marcuse, 1968: 23ss). Entonces la ciencia y, sobre todo, la tecnología adqui-

riría un desarrollo desmedido e incontrolable. Se trataba ahora de conquistar científicamente al hombre.

Varios factores inciden en esta encrucijada: con la crisis de la metafísica se rompe todo vínculo afín y final de las distintas éticas, con la teoría de la relatividad la visión del mundo y el cosmos se vuelve orquestal, y con la mecánica cuántica ingresamos al mundo de la incertidumbre; en biología se descubre que los organismos tienden naturalmente al orden pero este orden se teje vía del desorden o entropía; emerge el proyecto del genoma humano. El mundo, podría afirmarse, está escapando literalmente a los esquemas tradicionales de representación. Estamos ingresando hoy a un mundo desconocido como nunca antes lo fue, y el mayor riesgo y peligro aparte del desgaste de nuestro "ecos", radica en la perturbación de aquello que Scheler llama puesto del hombre. El hombre, en el presente, literalmente es un náufrago del cosmos. El terror mayor al que se puede enfrentar un ser humano sin duda es este: la inseguridad, la incertidumbre de su sitio, ya que el afán último no es tanto la felicidad ni la plenitud, antes bien la certeza de su sitio, punto de donde hace depender su esperanza.

Estamos ante un adversario sin rostro, la modernidad trajo la euforia por la investigación, no obstante, no sabemos cómo controlarla ni delimitarla. El auge de la bioética anuncia abiertamente este problema al tiempo que afirma que no hay solución inmediata. El tiempo de la moral llega a su ocaso; "el desierto crece", tal como lo había profetizado Nietzsche y entre la pluralidad de morales sólo la del más fuerte, no la más racional, se impone y subsiste. Poder aquí significa poder económico y político. Estamos presenciando quizá el ocaso de los hombres.

E. Nicol en su "Prefacio del temor" nos dice, el hombre no morirá mientras siga sabiéndose hombre, mientras no sea absorbido por ese sistema mecánico de cosas; el hombre no morirá por un acto libre y voluntario. Si en algo coinciden Nicol con la bioética es que ambos pretenden reinstaurar el papel céntrico de la vida del hombre dentro del concurso del ser, abogan por un humanismo cierto. El humanismo se caracteriza por dos cosas principalmente: a) el hombre como medida de las cosas, b) el hombre siempre ha de ser fin y no medio. No obstante, una vez más Nicol y la bioética al insistir en este propósito reflejan aún más la agudización de este estado de crisis del humanismo.

La presencia de la bioética es un grito desesperado clamando auxilio en pro del respeto a la vida en su relación con la ciencia y sus productos. Un solo punto de coincidencia existe entre las distintas posturas en bioética, a saber, procurar, y abogar por la vida digna. No obstante, debido a la adversidad de las circunstancias, no hay nada cierto ni seguro en el porvenir, estamos abandonados al azar, y no podemos apelar a la buena voluntad de nuestros semejantes porque se ha instaurado una desconfianza tal que nos vemos en un mundo compitiendo por la vida.

La razón tecnológica es un hecho, mientras que la bioética es una postura que trata de llamar la atención a aquélla razón que no sabe dar razones. La bioética, como toda ética, no versa sobre lo que es, sino sobre lo que debería ser; y en este sentido podemos entrever la flaqueza y falta de contundencia práctica de la bioética frente a la técnica. Sin embargo, es necesario que mientras haya esperanza, la razón bioética se exprese y continúe manifestándose marcando e indicando el rumbo a la ciencia y a la técnica, con el fin solo de que el hombre se mantenga y perviva dentro de su esencia.

#### IV

Finalmente, hagamos unas cuantas anotaciones acerca de la intersección entre la bioética y "algunas urgencias en la filosofía", es decir, tratemos de encontrar el vértice donde coinciden tanto la intención de la bioética como algunas urgencias en la filosofía contemporánea.

El auge de los estudios de bioética denuncian abiertamente que algo anda mal en el mundo. Sin embargo, el horizonte de la meditación se circunscribe precisamente al mundo, sus problemas son problemas específicos, que en muchos casos tienen nombre y apellidos. Ciertamente, la bioética trata de mostrar un deber ser, trata de proyectarse haciéndose de una salida hacia algún problema. Pero toda proyección parte de un "estar", parte de un aparecer o de un presentarse. Lo que aparece es aquello que se presta para dar razón. En bioética se da razón de lo que aparece, ateniéndose sin más a ello, para que, en consecuencia, se busquen salidas y respuestas teóricas con aquello que de suyo se manifiesta.

Es un hecho que con la bioética la reflexión filosófica descendió desde las esferas de la abstracción hasta el mundo concreto de la vida de los hombres, con la bioética la filosofía encuentra un cauce óptimo para involucrarse concretamente con la vida. La filosofía, a propósito de la bioética encuentra su verdad en el hombre de carne y hueso.

En suma, una urgencia en la filosofía es retornar de aquel largo viaje rumbo al más allá y hacer de la realidad el campo y objeto propio de la meditación filosófica. Muchas corrientes y doctrinas en el siglo XX se han empeñado en realizar este propósito y entre ellas cabe contar a la misma bioética. No es cosa distinta bioética y filosofía. La bioética es la reflexión filosófica puesta en marcha a propósito de la interacción hombre y ciencia. Y el método que en bioética se ha puesto ya en marcha para dar razón de su asunto es la fenomenología (traducida literalmente como el acto de dar razón de aquello que aparece). Se da razón sólo de lo que aparece y se da razón precisamente para sentirse más confiado y más seguro. La filosofía continúa ejerciendo su ministerio con el hombre, a saber, le permite adquirir confianza en su medio ambiente dando razones y, por la filosofía, este medio ambiente se transforma en un mundo habitable. LC

#### BIBLIOGRAFÍA

- Heidegger, M. (1974), *El ser y el tiempo*, México, FCE.
- (1979), *¿Qué es metafísica?*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (1980), "El final de la filosofía y la tarea del pensar", en *Kierkegaard vivo*, Madrid, Alianza.
- (1988), "Solamente un dios puede todavía salvarnos", *Revista de Filosofía*, México, Universidad Iberoamericana.
- Heráclito (1980) en Rodolfo Mondolfo, *Heráclito*, México, Siglo XXI.
- Kant, I. (1973), *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Madrid Espasa-Calpe.
- (1984), *Prolegómenos*, Madrid, Sarpe.
- Marcuse, H. (1968), *El hombre unidimensional*, México, Joaquín Mortiz.
- Nicol, E. (1975), *Psicología de las situaciones vitales*, México, FCE.
- (1980), *La reforma de la filosofía*, México, FCE.
- Sartre, J. P. (1972), *El existencialismo es un humanismo*, Buenos Aires, Huascar.
- Scheler, M. (1989), *El puesto del hombre en el cosmos*, Buenos Aires, Losada.
- Wittgenstein, L. (1975), *Observaciones filosóficas*, México, UNAM.